

de su juventud, bien será no obstante dar algunas muestras; y entre todas nos parece preferible la composicion, en que pinta su soledad en el retiro de la aldea. Para don Pedro no es la vida del campo el desquite, ó el solaz de la fatigosa vida de la corte: forzado á consumir los dias más bellos de su juventud lejos del teatro, á que le llamaban las obligaciones de su sangre, hastiale cuanto le rodea, y cansado de aquella monótona existencia, exclama:

Nunca medreys vos, Aldea,
y tambien quien os fundó;
¿por qué tengo de estar yo
donde nadi estar desea?
Que cualquiera que me vea,
dirá estoy más retraydo
que ninguno nunca ha sido
en mi linage de Urrea.

Ir de collado en collado,
siempre en monte como zorro,
juzgado vos, Aldeorro,
si estaré yo descansado.
Segund me aveys enojado
en ver esta cuesta arriba,
si fuérades cosa viva
ya os hubiera degollado.

Pues andar siempre á la huerta
trás zarzales con el arco,
bien veys que tan poco abareo
ques cosa poco despierta.
Pues tal vida desconcierta
el deleyte más altivo,
¿cómo puedo estar yo vivo,
estando en la cosa muerta?

¡Y que por tiempo de un año
me tengays vos aquí preso!
¿quién dirá que tengo sesso,
faciendo yerro tamaño?
Donde ni seda ni paño
non vestiré, sinon cuero,
pues que non soy cavallero
con la vida de hermitaño.

Aldea, ved mi desseo,

que del vuestro se destierra,
pues que vos soys buena tierra...
para tapias, segund veo.
Mas segund lo que yo creo,
tanto tiempo aquí se muere,
que quando de aquí saliere
en vos haré jubileo.

En esta como en otras producciones, escritas con igual naturalidad y desenfado, se revela vivamente la personalidad del poeta, virtud rara á la verdad en los trovadores cortesanos y base en que iba á descansar en breve el edificio de las letras patrias. Don Pedro no siempre expresa el dolor y el hastío, que le inspiran los disgustos de su estado y familia. Al verse feliz en los brazos de Doña María de Sessé, su esposa, mostraba así su contento:

Lo que agradezco á Ventura
es que me dió por muger
la hermosura y el valer,
la riqueza y la cordura.

Y el que con esto se halla
puede decir se libró
de la guerra
deste mundo, ques batalla;
y que Diós más bien le dió
que hay en la tierra.

No alcanza el galardón de don Pedro de Urrea, don Juan Fernández de Heredia, como no lo alcanzaron tampoco los demás trovadores aragoneses de la edad que historiamos. Don Juan, inclinado á la escuela de los provenzales, escribe *canciones, glosas, esparzas* y otras composiciones análogas, sin que logre imprimir en ellas el sello de su especial carácter, lo cual las despoja grandemente de su importancia. En la corte y en el reino de Aragon lograba sin duda más autoridad que don Pedro de Urrea; y los caballeros, con quienes se hermanaba en el cultivo del arte, aplaudian sin duda, en cambio de iguales obsequios, sus hipérbolos amorosas; suerte que cupo á una de sus más notables poesías, intitulada: *Maldición que face á ssi mesmo*. Heredia, desafortunado en su pasión, maldice el punto, hora y dia en que vió la causa de su tormento, y exclama:

Maldigo mi pensamiento
y tambien mi voluntad,
pues ha sido
causa de mi perdimiento,
causa de la libertad,
que hé perdido.

Maldigo más mi memoria,
que ningun punto s'olvida
d'acordarme
quál vos ví; porque esta gloria
deviera darme la vida,
y es matarme 1.

Las maldiciones prosiguen contra la *razon*, la *condicion*, la *vida* y la *suerte* del poeta, quien imita en esto á los condenados del infierno, quedando al cabo contento, ya que no pueda ser *bendito*. No carece en verdad de cierta discrecion en esta, como en las demás poesías que han llegado á la edad presente; pero sobre ser de antiguo dote comun de los trovadores eruditos, no bastaba aquella virtud á distinguirle entre los de la corte de Fernando V.—Al tener sin embargo presente que era aragonés, nos pone su estudio de relieve la semejanza y aun la identidad que á la sazón caracterizaba á los poetas cortesanos de toda España. Reconocida esta verdad histórica, cuya importancia no ha menester de corolarios, licito nos será fijar nuestras miradas en otros ingenios de mayor estatura, dirigiéndonos desde las márgenes del Ebro á las orillas del Guadalquivir, donde vimos ya arraigar el arte inmortalizado por el cantor de Beatriz, propagándose despues al centro de Castilla 2.

En el retiro del claustro, bien que ocupando este una de las más bellas y pintorescas situaciones que puede finjir el deseo, contemplamos en efecto á don Juan de Padilla, cuyas obras hemos procurado estudiar antes de ahora 3. Nacido en la capital de

1 *Cancionero de 1511*, fól. ccij. vuelto.

2 Véanse los capítulos IV y VI de este Subciclo.

3 Primero en la *Floresta andaluza*, revista que publicamos en Sevilla (1841 á 1842), y despues en el *Tiempo*, periódica de Madrid (19 de abril 1844), y por último en la *Revista literaria del Español* (núms. 21 y 22 oc-

Andalucía en 1468, recibió allí esmerada educación literaria, dándose á conocer por su erudicion, al componer durante su juventud varias *fábulas* relativas á la antigüedad clásica, con lo cual se mostraba adicto al movimiento general de las letras en las vías del *Renacimiento* 4. La gloria de las armas cristianas, en gran manera personificada en don Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, le movia, antes de cumplir los veinte y cinco años, á celebrar las proezas de aquel inelito caudillo, de quien puede decirse que daba la primera y la última lanzada en la inmortal epopeya que termina, clavando en la Alhambra los estandartes de Castilla. Frisando con los treinta, abrazaba la regla de San Bruno, tomando el sayal en Santa María de las Cuevas, y dos años despues daba testimonio de la insigne transformacion operada en su espíritu, sacando á luz un poema religioso, con título de *Retablo de la vida de Cristo* 2.

Ignórase absolutamente, ó al menos no se deduce de las obras que conocemos, si escribió el cartujano Padilla, desde 1500 á 1518, algunas producciones poéticas: con la última fecha daba no obstante á conocer otro poema igualmente religioso, en el

tubre de 1845) sacamos á luz varios trabajos críticos, encaminados á dar á conocer este poeta. Su nombre figura al cabo en la historia de las letras patrias, mencionado por los escritores nacionales y extranjeros, que han procurado ilustrarla (Gil y Zárate, *Manuál de Literatura*, última edicion; Ticknor, *Historia de la literatura española*, t. I, cap. XXI).

1 En el *Retablo de la Vida de Cristo* (cántico I) decia aludiendo á la antigüedad:

Sus fábulas falsas y sus opiniones
pintamos en tiempo de la juventud.

2 Don Juan de Padilla daba testimonio de su nuevo estado y de su nombre en la última estrofa de tan singular poema, diciendo:

DON religioso | la regla me puso,
Jurado con voto | canónico puro:
Ante su vista | me hallo seguro
DE la tormenta | del mundo confuso.
Parece por ende | mi nombre recluso,
Digno lector, | si lo vás inquiriendo:
LLAMA si quieres, | mi nombre diciendo:
MONJE CARTUJO | la obra compuso.

El *Retablo de la Vida de Cristo* fué terminado en 24 de diciembre de 1500. Salió á luz en 1505.

cual parecía fundar toda su gloria literaria, designándolo con el nombre de *Los doce Triunfos de los Apóstoles* ¹. Obligación es de la crítica estudiar en estos poemas si correspondió el monje de Santa María de las Cuevas, al desenvolvimiento del arte erudito, tal como era cultivado por los más doctos, y si aparece cual fiel intérprete de aquel genio, que había comenzado á dar fruto en el suelo de Sevilla, desde fines del siglo precedente.

El monumento más propio para realizar este estudio, es sin duda el poema de *Los doce Triunfos de los Apóstoles*. Don Juan de Padilla aparece en él como poeta esencialmente *dantesco*: ninguno de los ingenios que le precedieron en la imitación de la *Divina Commedia*, incluso Juan de Mena, había seguido en efecto, más inmediatamente las huellas del cantor de Beatriz, al trazar el cuadro general de su obra; nadie le aventajó tampoco en la reproducción de los pensamientos, llegando á veces á traducir trozos enteros. Verdad es que nadie se había colocado en situación más análoga, ni adoptado materia poética más semejante y aun idéntica. Dante visitaba sucesivamente el *Infierno*, el *Purgatorio* y el *Paraiso*, conducido por Virgilio y Beatriz: don Juan de Padilla, guiado por San Pablo, recorre apartadas regiones, ora en el cielo, ora en la tierra; y penetrando en las bocas infernales, revela, como el vate de Florencia, los dolores y tormentos, á que estan sujetos los que vivieron en el mundo entregados al crimen ². El autor de la *Divina Commedia*, había pre-

1. Puso fin don Juan de Padilla á *Los doce triunfos* en 14 de febrero de 1518, y diéronse á la estampa en 1521. De este poema hizo don Miguel del Riego esmerada edición (Londres—1841), apellidando al autor *Dante y Homero español*, calificación por extremo exagerada y que ha podido comprometer respecto de los críticos el buen nombre del poeta. Un año despues aparecieron de nuevo *Los doce triunfos* con la mayor parte del *Retablo de la Vida de Cristo*, pues que sólo suprimió el señor Riego los cánticos VII, VIII, IX y X, con esta nota: «Publicada esta pequeña parte en Londres, año de 1842, por don Miguel del Riego, canónigo de Oviedo, en la imprenta de don Carlos Wood». De cualquier modo, hízose este ilustrado español digno de la gratitud de los estudiosos.

2. El intento de don Juan de Padilla fué, dice él mismo, «componer *doce triunfos*, en que describe los hechos maravillosos de los apóstoles,

ferido entre todos los poetas de la antigüedad clásica á Virgilio: el Cartujano, que desde su juventud se había inclinado al estudio del arte clásico, si no podía al cantar los triunfos de los apóstoles, tomarle por guía para explicar los misterios del cristianismo, escogiale por modelo para bosquejar los cuadros, que enriquecían con frecuencia su narración alegórica. Así pues, mientras dá á San Pablo los nombres de *maestro* y *vaso de elección*, oyendo de su boca la revelación de los más profundos dogmas del catolicismo, llegaba hasta el punto de imitar la invocación de la *Eneida*, escribiendo:

Yo canto las armas | de los palestinos,
principes doce | del Omnipotente, etc.

Todo revela en *Los doce triunfos* esa doble influencia, que tan poderosamente obraba en los espíritus, reflejándose en las esferas del arte. La aparición de San Pablo, que excita al poeta á la contemplación de las cosas divinas, invitándole á cantar los *doce* (apóstoles) con quebrantamiento del voto que había hecho, al declarar en el *Retablo de la vida de Cristo* que sólo *diría de la vida del Rey Soberano* ¹; la peregrinación que maestro y discípulo emprenden por los países, adonde llevaron la buena nueva los elegidos del Salvador, ensalzando las virtudes de cada uno, y los milagros que obraron en la tierra; la pintura de los lugares, donde purgan sus pecados los idólatras, los nigroman-

» los cuales van divididos por los doce signos del zodiaco, que ciñe toda la esfera: donde debéis primeramente considerar que el autor, para que fuese su obra más altamente fundada, toma la semejanza del firmamento, que es el cielo estrellado, el cual divide en doce partes iguales, que son los doce signos del zodiaco, por los cuales el sol y los planetas hacen su curso. » Por el sol se entiende Cristo... y todos los otros planetas y señales dél, » allende del texto literal é historial, los trae sutilmente al seso moral alegórico. Ni en la forma ni en el fin artístico don Juan de Padilla, podía ser más extremado en la imitación del Dante.

1. Á la excitación de San Pablo, replica en efecto el Cartujano (capítulo II):

No sabes, Señor, lo | que tengo ofrecido
á Cristo, de quien la | su vida preciosa
canté con mi lengua | mortal y penosa
en una gran Cueva | feroz escondido,
aunque de fuera | se muestra graciosa?

tes, los hechiceros, los perjuros, los lujuriosos, los homicidas, los envidiosos y los adúlteros; y finalmente la descripción de la Santa Jerusalem, mansion de los bienaventurados, donde cumplido ya el intento del poeta, abandona San Pablo al autor, para restituirse á su eternal morada... , cuanto se refiere al artificio literario y á la exposicion y aun á la materia poética, nos muestra claramente al entusiasta imitador de la *Divina Commedia*. Las descripciones particulares, las comparaciones y ornatos, de que procura embellecer su narracion, los recuerdos clásicos y mitológicos que la animan, nos advierten en cambio de que no desdénaba las enseñanzas del arte antiguo, de lo cual nos dá inequívoco testimonio, cuando al emprender su misteriosa peregrinacion, le vemos pintar así la tempestad, que le asalta:

Con próspero viento | del Áfrico moto,
tomóse de Creta | la propia derrota:
el áura crecía | por alto connota,
mezclando su flato | con Eurico Noto.
Así navegando | con nuestro piloto
pasamos de Sapho | á Cintipolea,
do Júpiter tuvo | la cuna de Rea;
el índico monte | no mucho remoto,
de donde el Coloso | las naves otea.

Así navegando | los golfos tirrenos,
Neptuno se leva | con invido dolo,
rogando que suelte | sus vientos Eolo,
los temporales | haciendo non buenos.
É luego se alteran | los aires serenos,
con impetu grave | del aire movido:
ocurre tonando | Vulturno salido;
túrbanse en tanto | los mares y senos
que puesto no queda | sin ser combatido.

En partes diversas | las ondas infladas
se quiebran, luchando | los rígidos vientos:
conmoven las aguas | los hondos cimientos
y con las arenas | se muestran mezcladas;
rotas las velas | y más desplegadas
del cox y boneta | con sobra de viento,
corria la nave | por el sota-vento;
las flacas entenas | del todo quebradas
y más el timon | por mayor detrimento ¹.

¹ Triunfo IV, cap. III.

El intento de imitar el sublime pasaje del libro I de la *Eneida*, en que describe Virgilio el naufragio de los troyanos, causado por la ira de Juno, no puede estar más patente, si bien queda el imitador á inmensa distancia del modelo ¹. El monje de Santa María de las Cuevas, obedeciendo la ley general que dominaba en las esferas de la inteligencia, parecia por una parte hacer el último y más enérgico esfuerzo para merecer el lauro, á que habian aspirado por el espacio de un largo siglo los más ilustres ingenios de España, mientras preludiaba por otro el cercano triunfo de las influencias del *Renacimiento*. Bajo este doble punto de vista, y teniendo presente que en todo el poema hace abundante ostentacion de vastos y profundos estudios, ya relativos á la historia sagrada y profana, ya á la teología, ya á la geografía y cosmografía universal, razon hay para resolver afirmativamente la primera de las cuestiones arriba propuestas, concluyendo que don Juan de Padilla era en las regiones andaluzas á fines del siglo XV y en los primeros dias del XVI, legítimo representante de la escuela docta, que habia señoreado tan largo tiempo el parnaso castellano.

Ni es menos digno de la consideracion de la crítica, al estudiarle como sucesor de Imperial y de Medina, de Ribera y de Lando, en lo que respecta á la diction y á la locucion poéticas, títulos principalísimos de la escuela sevillana. Deseoso de enriquecer el dialecto poético, y dominado por las innumerables bellezas de la *Divina Commedia*, no reparó don Juan de Padilla (como no reparan en el mismo siglo XVI Arguijo ni Herrera) en pedir sus tesoros á la lengua italiana, no olvidadas tampoco las ense-

¹ Este mismo propósito manifestaron al propio tiempo otros muchos poetas, si bien todos con igual ó más infeliz fortuna que el Cartujano. Entre los que en este momento recordamos, parecen bien citar á Alfonso Fernando, autor de la *Historia Parthenopea*, poema meramente histórico, segun despues advertiremos, donde Eolo y Neptuno, deseosos de estorbar que arribe á las costas de Nápoles la armada española, sueltan vientos y olas, promoviendo horrible borrasca. La intencion del autor es patente: su musa queda nó obstante vencida en la empresa, no pareciendo sino que ni los medios del arte, ni el ingenio de los trovadores inscritos en las antiguas escuelas, alcanzaban á transferir el colorido de la descripción virgiliana.

ñanzas de la latina. Lograba así el Cartujano comunicar extraordinario brillo á su lenguaje, sembrando sus producciones de giros altamente poéticos y matizándolo de palabras gráficas de buena ley y grato sonido, que levantaban notablemente su dición, haciendo en uno y otro concepto su empresa en extremo meritoria ¹. Mas no llegada la imitación formal á verdadera sazón, y falto de aquella experiencia que sólo puede alcanzarse en la madurez del arte, abusó sin duda don Juan de Padilla de los medios que ponía á sus alcances el conocimiento de los poetas latinos y de los italianos; y plagando sus obras de voces debidas á la lengua del Lacio y de giros y modismos, tomados del idioma de Dante y de Petrarca, mostró ya que desde sus primeros días estaba amenazada la escuela sevillana, como lo estaba también la cordobesa, del peligro de la innovación, cuyos males debían ser tanto mayores cuanto fuesen más brillantes y valederas las dotes personales de los poetas, que siguieran aquel difícil camino ². Este anhelo de autorizar entre los doctos su lenguaje, si contribuye en no pequeña parte á hacer un tanto difícil la lectura de *Los Doce Triunfos de los Apóstoles*, avalora no obstante la obra del Cartujano, siendo en verdad sensible que hayan caído en desuso aquellas maneras de decir y aquellas voces, en que resplandece cierto vigor y lozania y que constituyan no pequeña parte de la riqueza del creciente dialecto poético ³.

1 Como fundamento de estas observaciones, oigamos las siguientes: «lúcidas lumbres; piélagos rubentes; lira dulcisona; clarífico fuego; ínvidolo; serénico cielo; semblante nitente; selva manante; acentos consonos, aurora lumbrosa; estrella luminante», etc. Respecto de las voces *nitente*, *dulcisono*, *manante*, *consono*, *clarífico* y otras muchas de igual formación y estirpe, parécenos digno de elogio el instinto poético de don Juan de Padilla.

2 No debemos ocultar que en nuestros días no sería tolerable por ejemplo el llamar á los ojos *lúcidas lumbres*, lo cual muestra ya cierta exuberancia de colorido, ocasionada á lamentables extravíos. Recuérdese lo dicho en el particular respecto de Juan de Mena y téngase en cuenta lo que añadimos, al tratar de Herrera y Góngora en sus propios lugares.

3 Es digno de advertirse aquí que todos estos caracteres poéticos de Padilla contrastan notablemente con los que á la sazón ofrecían otros ingenios castellanos y aragoneses, cultivadores de la poesía sagrada. Entre los

En el silencio del claustro, cumplidos ya los cincuenta años de su vida, y cultivando la poesía religiosa en sus más altas regiones, mostraba pues don Juan de Padilla que lejos de haberse debilitado las dotes características de los poetas sevillanos, tales como aparecen á fines del siglo XIV, iban tomando notables creces, preludiando la gloria de Herrera y de Rioja. Pero estas virtudes poéticas no son privativas de la última obra del Cartujano, si bien sea esta la más importante de sus producciones. Aun cuando al trazar *El Retablo de la vida de Cristo*, declaraba que debía escribirse esta, sin *las galas de los oradores y vanos poetas*, reprobando el uso de la mitología, pecado en que incurrió grandemente en *Los doce Triunfos* ¹, no pudo olvidar su calidad

últimos especialmente, pues ya conocen los lectores los más apreciables de entre los castellanos, no podemos dejar de citar aquí al celebrado Juan de Luzón, que dió á luz en metros de arte mayor *La Suma de las Virtudes*, «epilogación de la moral philosophia contra los pecados mortales», con otros diferentes poemas sobre *la Contemplación de San Bernardo*, el *Psalmo Misserere*, el *De Profundis*, etc. (Zaragoza, por George Coci, 1508, 4.ª).—Comparando el lenguaje de estas poesías con el empleado por don Juan de Padilla se revela claramente, así como en los demás ingenios aragoneses, no cortesanos, la misma diferencia que en la antigüedad existió entre Marcial y los Sénecas, diferencia que debia en el siglo XVI caracterizar también á los Herreras y los Argensolas. Esta consideración nos muestra, sobre confirmar nuestros fundamentales estudios bajo la relación histórico-crítica, cuán digna de consideración era al final de la XV.ª centuria la rica variedad del ingenio español, que se resolvía no obstante en la unidad, que en todos tiempos lo sujeta á unas mismas leyes generales. Tocaremos adelante, con mayor extensión, este punto.

1 Es digna de notarse, porque explica la situación del poeta erudito y el estado del arte en la edad que estudiamos, la contradicción entre la idea y el hecho respecto al uso de la fábula. En la invocación que pone al *Retablo de la Vida de Cristo*, decía al epónimo:

Huyan por ende | las musas dañadas
á las Estigias, | do reina Pluton,
en nuestro divino | muy alto sermón
las tienen los santos | por muy reprobadas.

En los *Doce triunfos* abundan en tal manera las alusiones, citas y nombres mitológicos que lejos de producir buen efecto, dan á la narración un colorido enteramente falso, llegando á veces hasta lo ridículo. Tal sucede en efecto, al equiparar la bajada de Cristo al infierno con la fábula de Ce-

de poeta, ni renunciar á las galas de su imaginacion, ni menos al fruto de sus estudios, en que tanta parte alcanzaban las influencias del *Renacimiento*. Es el poema del *Retablo de la Vida de Cristo* una producción, encaminada á bosquejar en cuatro tablas la historia de Jesús ¹; abraza la primera desde los profetas al bautismo del Salvador; alcanza la segunda al domingo de Ramos; encierra la tercera la pasión, y ofrece la cuarta la resurrección, la ascensión y la venida del Espíritu Santo. Como es fácil comprender, se prestaba esta materia poética á la imaginación del Cartujano para trazar abundantes cuadros, en que brillasen las dotes literarias que le caracterizan; y no escaseó por cierto los colores, ya pintase la visitación de Santa Isabel (*Elizabeth*), ya la conversión de la Magdalena, ora la resurrección de Lázaro, ora en fin la sentencia, pasión y muerte del Salvador en las asperezas del Calvario ².

No era pues don Juan de Padilla, bajo la relación erudita,

res, Pluton y Proserpina (*Triunf.* V, estr. 16), etc. El cartujano cedía en esta parte á la imitación del Dante y á la imperiosa y creciente influencia del Renacimiento.

¹ Don Juan de Padilla decía, explicando el pensamiento de este poema: «Las quatro tablas corresponden á los quatro Evangelios. Y así por orden poniendo las historias no apócrifas ni falsas, salvo como la santa madre Iglesia y los santos profetas y doctores..., van divididas las tablas no por capítulos, salvo por cánticos, por cumplir el dicho del profeta David: *Cantate Domino canticum novum...*, es á saber, la vida de Cristo», etc. (pról.)

² El poema termina el último cántico, diciendo:

Pues tiene pintado mi mano mortal
este Retablo con simple color,
lo que fallestes perdona, Señor,
pues que no hasta saber natural.

El cántico concluye, como todos los precedentes, con una oración, escrita en versos de arte real, la cual termina en estas palabras, que se refieren á la *Vida de Cristo*:

Haz, Señor, que yo la cante
en el cielo.

Sentimos no poder citar largos pasajes, en comprobación de los expresados asertos, lo cual hicimos ya al realizar los estudios especiales del Cartujano, que dejamos mencionados arriba.

poeta indigno de su época, pareciéndonos en verdad sensible que no haya llegado á nuestras manos el *Laberinto del Marqués de Cádiz*, poema histórico, donde pudo hacer gala de sus dotes naturales, inspirado por el entusiasmo que excitaban las heroicas empresas, en que alcanzó tan noble parte el conquistador de Alhama. El título con que lo señala, tomado de Juan de Mena, parece persuadir no obstante de que, aun refiriéndose el Cartujano á la historia de su tiempo, no abandonó la ficción *dantesca*, como no la abandonaban otros poetas, al consagrar sus cantos á la gloriosa edad en que viven. Testimonio inequívoco de esta verdad, y altamente significativo en la historia del arte, ofrecía en efecto, poco despues de dar á luz don Juan de Padilla su *Laberinto*, uno de los más eruditos ingenios del siglo VI. Nos referimos á Diego Guillen de Ávila, poeta del todo desconocido hasta ahora en la historia de las letras españolas ¹.

Era Diego Guillen hijo de Pero, autor de la *Gaya sciencia*, en lugar propio examinada, y uno de los trovadores más favorecidos por don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, segun antes de ahora demostramos ². Criado en el palacio de aquel prócer, escuela al par de letras, ciencias y armas, consagróse á la Iglesia desde su juventud, temeroso tal vez de seguir la triste suerte de su padre. Á la magnificencia de don Alfonso, no menos que á su talento y buen deseo, debió Diego Guillen las primeras distin-

¹ Cuando realizábamos este estudio, no habia salido á luz el tomo III de la versión castellana de Ticknor. En las *Adiciones y notas*, con que los traductores lo enriquecen, hallamos (pág. 460) alguna noticia de Diego Guillen y una exposición bibliográfica de los poemas, que en el texto examinamos. Nos juzgamos obligados á consignar aquí estos hechos, á ley de historiadores, si bien no podemos excusar la advertencia de que las curiosas noticias dadas por los referidos traductores, carecen de todo espíritu crítico, quedando en consecuencia intacto el estudio literario de Diego Guillen y sin determinar debidamente su significación en la historia de las letras patrias.

² Véase el cap. IX de este II.º Subciclo y el precedente, donde damos noticia de los traductores del glorioso reinado, que historiamos (pág. 211). Diego Guillen, que se distingue con el aditamento *de Ávila*, nació sin duda en esta ciudad.

ciones en su carrera, y acompañando sin duda á don Alonso Carrillo, sobrino del arzobispo y obispo de Pamplona, dirigióse á la capital del mundo católico, con la esperanza de mayores medros. Vivió allí mucho tiempo, «siguiendo voluntades ajenas;» y obtenida la protección del Cardenal Ursino, de quien fué familiar, mereció un canonicato en Palencia, no constando si llegó á trasladarse á esta ciudad, pues que al entrar del siglo XVI, proseguía en Roma al servicio de aquel príncipe de la Iglesia ¹.

Habiase distinguido Diego Guillen «con lindo saber en dulce poesía» desde su permanencia en Toledo, escribiendo «con pluma polida y discreta» muy aplaudidas obras. Ya porque las virtudes de la reina doña Isabel inflamasen su espíritu, ya porque fuese en Roma testigo del aplauso y veneración, que infundía su nombre y del entusiasmo que produjo la conquista de Granada, juzgóse obligado á rendirle el tributo de su ingenio, componiendo en alabanza suya, con título de *Panegírico*, muy singular poema ². No pudo Guillen terminarlo tan pronto como anhelaba,

¹ Debemos estas breves noticias al obispo de Pamplona y al mismo Diego Guillen. Invitándole en 1483 á que hiciera los *Loores* del arzobispo su tío, le decía don Alonso:

Pues vos como hijo | de tan buen criado,
onrado y querido | daquel mi señor,
quen vida le fué | contador mayor,
.....
virtud y crianza, | razon os aquexa,
que pongais las manos | en esta labór.

Diego, respondiendo á esta invitación, observa: «Y pues me metí en este *Láberinto*, movido por le servir é incitado del amor que al dicho señor siempre tuve, así por el tiempo que mi padre, que Dios haya, fué en su casa, como porque sus magnificencias fueron tales que no sólo á los que las sentimos, mas á quantos las oyeron, aficionaron», etc. (fóls. CIII v. y CIII r.).

² Lleva por epígrafe en la única edición que de él conocemos: «*Panegírico* compuesto por Diego Guillen de Ávila, en alabanza de la más cathólica princesa y más gloriosa reyna de todas las reynas, la Reyna doña Isabel, nuestra Señora, que santa gloria aya é á su alteza dirigida». Al final decía: «Fenescióse esta obra en Roma por Diego Guillen de Avila á XXIIJ dias de julio año de nouenta é nueve: intitulóla *Panegírico*, que quiere dezir *toda gloria* é alabanza: es vocablo griego, impuesto por algunos latinos á sus obras, donde han loado emperadores, reyes y grandes príncipes».

interrumpido una y otra vez por el poco reposo que las tareas de su oficio le consentían ¹; y fué para él doloroso en extremo el que tampoco permitieran á la Reina Católica examinarlo «sus ocupaciones y dolencias». Guillen, que lograba darle cima en 23 de Julio de 1499, remitía sin embargo el *Panegírico* á doña Isabel con muy devota letra, fechada en Roma el 27 de abril de 1500.

Al explicar el pensamiento, que animaba su obra, escribía: «Finjo que caminando por una selva, hallo una casa fantástica, donde están figuradas todas las estorias passadas, presentes y futuras, é que aquí hallé las tres hadas, cada una de las quales me guía en una destas partes; pues en la primera parte tomo por guiadora Atropos, la qual dirigiéndome algo de sus propiedades y la causa de mi camino, me marca quién fué el primero que pobló en Cithia, y nombrándome los godos, me dice algo de sus hechos y todos los reyes que dellos han sucedido..., tocando brevemente algunas cosas de cada uno dellos hasta la gloriosa memoria del rey don Alonso, vuestro hermano. Aquí dexada Atropos, me guía Cloto en la segunda parte del presente, y narrándome las cosas de Vuestra Alteza, por su gobernación se muestra su prudencia: en esta parte primeramente se tracta su nascimiento y casamiento y venida al reyno; escriuo la guerra que Vuestras Altezas tuvieron con el rey

Se vé que la impresión se hizo algunos años despues de terminado el poema, muerta ya la Reina Isabel; y en efecto la primera edición es de 1507 (Salamanca), y la segunda de 1509 (Valladolid).

¹ Dirigiéndose á la Reina, escribía en 1500: «Muchos dias, excelentísima señora, ha que comencé esta jornada; pero intercisa algunas veces por la incomodidad y poco reposo que el tiempo me ha causado, el mismo desseo que para dalle fin he tenido, enxirió en mí constancia que quantas vezes he sido impedido tantas ha solicitado el ánimo mio en la prosecucion della; pero tardándome en su conclusion, me fué necesario estenderla más de lo que al principio pensé, por memorar algunas cosas, que en este medio tiempo han sucedido». En efecto, narrada en la segunda parte del *Panegírico* la conquista de Alhama, decía: «El autor prosigue esta obra mucho tiempo despues que la comencó; muda la consonancia de los quatro versos primeros, é finje aver dormido el tiempo que no trabajó en ella».

»de Portugal, do hecha la paz y loados en la gouernacion, passo
 »á la tierra de Granada, donde sigo la informacion que he po-
 »dido aver hasta su conclusion. Aquí dexando á Cloto, sigo á
 »Lachisis, en la tercera parte de lo venidero, la qual me narra
 »algunas cosas passadas por futuras...; é assi profetizando que
 »Vuestras Altezas ¹ ganarán por África hasta Jerusalem, dó fin
 »á la obra.»

Abrevia grandemente esta exposicion el estudio del *Panegí-rico*, poniendo de manifiesto que si bien la materia era *histórica*, la forma literaria seguia siendo *dantesca*, como lo era en *Los doce triunfos del Cartujano*. Dividido en tres partes, vemos en todas luchar al poeta con el anhelo de la fidelidad en la exposicion de los hechos, lo cual suscita á su musa frecuentes dificultades y obstáculos. En medio de éstos inconvenientes, extremábase Diego Guillen por derramar en sus versos la erudicion clásica que acaudala en Roma, y daba inequívocas pruebas de que no eran infundados los elogios de sus coetáneos. Vivas y brillantes pinceladas, que bastan á revelar el carácter de los personajes por él conmemorados; descripciones llenas de movimiento y enriquecidas de bellas circunstancias; comparaciones fáciles, naturales y sencillas, que prestan notable realce y verdad á sus pinturas... hé aquí las virtudes poéticas, que dan al hijo de Pero Guillen lugar señalado entre los poetas de su tiempo, y que nos mueven á consignar su nombre en la historia de las letras patrias. No podemos comprobarlas todas con ejemplos tomados del *Panegírico*: para que sea dado á los lectores juzgar de la exactitud de nuestros asertos, parécenos bien fijar, sin embargo, nuestras miradas en el pasaje, destinado á narrar el nacimiento de la Reina Isabel. Atropos dice:

...Quando los aires gustó de la vida,
 la clara Lucina estava presente:
 hilava yo alegre, de blanco vestida
 el cándido hilo, muy resplandeciente.

¹ Obsérvese aquí la semejanza de aspiraciones en todos los poetas castellanos, respecto del imperio español: lo mismo habia dicho Juan del Enzina, y repitieron adelante notables poetas é historiadores.

En mi blando genio la puse plaziente;
 por suerte infalible le hé prometido
 memoria perpétua, gran vida y marido,
 riquezas y reynos, progénie exçelente.

Estava conmigo la Naturaleza;
 su gesto con mano sutil adornava
 de tan radiante y clara belleza,
 que todos los gestos humanos sobraua.
 Sus miembros eburneos assi conformaua
 en tal proporçion, grandeza y mensura
 que quien las contempla, verá en su figura
 beldades, que ver jamás no pensaua.

Las Graçias le dieron preciosa guirnalda
 de ramos fragantes, mezclados con flores;
 de lirios, de rosas hinchieron mi halda,
 de timbrá, que daua suaves olores.
 Espíranle, envueltos en dulces liquores,
 sus nombres, sus fuerças, assi verdaderas,
 que se le infundieron tan grandes y enteras,
 que consigo mismas no quedan mayores.

Volauan en torno alegres, ornados,
 los dulçes amores que á verla venian;
 las viras sabrosas, los arcos dorados
 tendidos, lentados y floxos traían.
 Despues que la vieron, consigo dezian:
 «Pues questa prinçesa por fuerça nos pisa,
 las flechas le demos que sean su divisa;
 podrian más con ella que con nos podian».

La Virgen Astrea descendió del çielo,
 de sus compañeras en torno çercada;
 perdido del todo el viejo reçelo,
 nascida esta reyna, do hagan morada.
 Despues que le dieron corona almenada,
 obraron consigo sutil vestidura,
 con que la vistieron de tal hermosura
 que siempre le tiene el alma adornada ¹.

Nadie habrá que no reconozca en este pasaje las dotes poéticas,

¹ Los pasajes descriptivos análogos al presente, abundan en todo el poema: merece entre todos citarse la pintura del alcázar, habitado por la Reina Isabel,

. . . palacio de tantos labores
 que apenas lo siente humano sentido.